

## CAPÍTULO III

El establecimiento de Lerebourg — EL GORRO AZUL. — *Novedades, plumas y encajes* — hallábase situado en la calle de San Honorato, próximo á San Roque. Ocupaba una espaciosa planta baja para la venta al por menor, y el primer piso para los salones de prueba y confección. Antiguos proveedores de la Corte — privilegio que se había sucedido de padre á hijo desde los tiempos de Luis XV — los Lerebourg habían logrado reunir una gran fortuna, de la que fué único heredero el último descendiente del apellido, Francisco Carlos, ahijado del conde de Artois. Lerebourg había pasado muy duros trances durante el período revolucionario; y aunque de civismo bien patente, no pudo evadirse de probar la sinceridad de su adhesión bajo la forma de donativos á la suscripción nacional, empréstito forzoso y otras exacciones que si tuvieron la virtud de preservar la vida y la libertad del interesado sospechoso de moderantismo, abrieron honda huella en el capital á costa de tantas generaciones reunido. Obligado á ser agradable, Lerebourg había confec-

cionado todas las corbatas de muselina de Collot de Herbois y los chalecos de piqué de Tallien, mas aunque la protección de estos jacobinos salvó de la guillotina al comerciante de novedades, no habían bastado para hacerle cobrar cariño al régimen. El advenimiento del Directorio y el renacer de la elegancia bajo la influencia de los currutacos, escitó el entusiasmo de Lerebourg. Su hombre era Barrás, lo cual no impidió que fundara mayores esperanzas aún sobre Bonaparte. El renacimiento de los negocios, la gloria militar, la restauración de la Iglesia, devolvieron á la burguesía la confianza de que hacía mucho no disfrutaba. Los harapos de los descamisados fueron reemplazados por las sedas y encajes de los pisaverdes, y ya se pudo ser elegante sin arriesgar por ello la cabeza.

Con la reaparición del lujo en los almacenes de Lerebourg, los escaparates mostraron nuevamente su aspecto seductor. Las mercancías prohibidas llenaron nuevamente los anaqueles y las más costosas fantasías de la moda se ofrecieron á las miradas de los transeuntes. La señora de Lerebourg tomó diez muchachas y cinco dependientes que animaron la tienda con su actividad, y ella misma dirigió los salones del primer piso, elegante y simpática hasta llenar cumplidamente los deseos de la más exigente clientela. Al cabo de poco tiempo, la tienda de la calle de San Honorato volvió á lo que había sido bajo el antiguo régimen: lugar de cita y reunión de los elegantes de la sociedad nueva. No hallaban mucha benevolencia en el ánimo de Lerebourg las modificaciones introducidas en la calidad de la clientela, mas era necesario vender, y mientras la nobleza no volviera de su ostracismo, no quedaba otro recurso que contentarse con aquella parroquia de burgueses y funcionarios. Aunque veinte años más joven que su marido, la señora de Lerebourg tenía fama de muy honrada, y los jóvenes y brillantes ofi-

ciales del ejército de Italia perdieron lastimosamente el tiempo que emplearon en hacer resonar las espuelas y arrastrar el sable. Graciosa, despierta de ingenio, deseosa de agradar pero nada coqueta, el señor Lerebourg tenía en su Emilia la más absoluta confianza. Y todo hacía creer que la joven esposa lo merecía.

Así fué que, cuando el comerciante de novedades llegó á París sin accidente alguno, ya que no sin haber corrido serios peligros, invitó sin pizca de escrúpulo á Saint-Regeant para que fuera á su casa. Sentía por el joven una amistad particular, pues mientras la corrección fría y un poco mordaz de Hyde no había conseguido despertar su confianza, el gracioso y amable desembarazo de Saint-Regeant conquistó desde el primer momento al bondadoso y sensible Lerebourg. Llegados frente á la puerta de su casa en la calle de San Honorato, hizo prometer al reciente amigo que á la mañana siguiente le visitaría, y Saint-Regeant se hubiera guardado bien de no corresponder á tal invitación. Al descender poco después acompañado de Hyde, en el modesto parador de *El león rojo*, situado en la calle del Árbol Seco, y cuyo dueño era incondicional de la causa realista, encontró á Jorge que había llegado la víspera sin que le hubiese ocurrido cosa digna de mencionarse. El jefe vandeano, vestido con elegante veste de pisaverde, estaba desconocido. Un sombrero de alas caídas disimulaba la enorme cabeza, y ocultaba el cuello de toro una corbata alta de muselina. Durante la mañana se había dedicado á recorrer París en todas direcciones, dando aviso de su llegada á diversos afiliados á la causa. Jorge instó vivamente á Saint-Regeant á que cultivara las relaciones comenzadas con el comerciante de novedades, y le aconsejó que se captara las simpatías de la dueña de la casa, pues, sin duda, sería una excelente burguesa fácil de enamorar con un poco de perseverancia,

y podía ser útil para los asuntos de su facción evolucionar en este ambiente mercantil.

— Nosotros le venderemos á ese bondadoso Lerebourg cuanto quiera : estofas de la India, casimires, algodones de Manchester, tela de Irlanda... á su capricho. Conocemos el medio de pasarlos de contrabando ante las propias narices de las gabeleros, y si él obtiene beneficios, seremos nosotros quienes aprovecharemos la ganancia. Todo ello será cuestión de unas cuantas cargas de pólvora, y en ese punto no somos mezquinos. El asunto sería completo, si encontráseis manera de entrar al servicio en la casa de ese buen hombre, porque entonces, amigo mío, vuestra libertad no correría riesgo alguno y podríais maniobrar á vuestro antojo por el bien de la causa..

— Será cuestión de oportunidad, — respondió Saint-Regeant. — Y si se presenta la ocasión, no dejaré de aprovecharla.

Bastón al brazo, salió para ir á la calle de San Honorato. Atravesó la plaza del Palacio Real, y pasando por delante de San Roque, — que no había vuelto á ver desde el terrible día en que, con sus amigos del « Club » de Clichy, fué ametrallado por los dos cañones del general Bonaparte sobre las mismas escaleras de la iglesia, — llegó ante una vieja casa de dos pisos en cuya planta baja se abrían los almacenes del señor Lerebourg: *El gorro azul*. No hacía todavía un año que el rótulo revolucionario *El gorro frigio*, había sido raspado y reemplazado por el de *El gorro azul* que, á su vez, no era otra cosa que una tímida transición hacia el primitivo título de *El gorro blanco*. La puerta sonó al ser empujada y una joven dependienta avanzó amablemente hacia el visitador :

— ¿Qué desea el ciudadano?

— Hablar con el señor Lerebourg.

— En el primer piso, ciudadano; la escalera de en frente. Saint-Regeant subió los doce peldaños de la escalera interior tapizada de sarga verde, y encontróse en los salones de confección donde su compañero de viaje estaba de charla con dos señoras que revolvían, escogiéndolos, lazos y flores. Á la vista del joven dejó escapar una exclamación de contento, y, solicitando muy rendidamente permiso, abandonó por un instante á sus clientas :

— Hacedme el favor de sentaros... os lo suplico... Un minuto para despachar á estas damas y soy al instante con vos.

— Por mí no os apresuréis, os esperaré con mucho gusto.

Una de las señoras, joven y encantadoramente rubia, había dirigido ya sus impertinentes hacia el guapo mozo, y le contemplaba con gran interés, mientras Saint-Regeant, con aquella naturalidad que tanto había complacido á Lerebourg, tomaba asiento en un taburete de forma de X y examinaba el salón. Poco más ó menos, el cuadro era lo que se había figurado para el señor Lerebourg : severo y rico; las mesas y mostradores de encina ennegrecidas por el uso estaban cubiertas de mercancías variadas y costosas; las butacas Luis XV para los clientes cubiertas de terciopelo de Utrech, y una gran araña pendía del techo. Sin pretensiones, sin lujo, el conjunto era de cómoda solidez.

— Bien, señor Lerebourg, — exclamó la más joven de las dos mujeres, levantándose; — estamos de acuerdo. Me haréis el favor de enviármelo á casa para escoger, porque el general querrá dar su opinión... Y él decidirá.

— El general es tan competente en cuestiones de elegancia, como en el arte de la guerra — respondió sonriendo el comerciante que revoloteaba obsequioso en derredor de las dos damas.

Las acompañó hasta la escalera, y tras de prodigarlas

untuosas reverencias y cumplidos, las despidió y vino hacia Saint-Regeant.

— Ya podéis perdonarme, amigo mío; pero me ha sido imposible despedir antes á esas señoras... La más joven es la señora de Murat, la hermana del Primer Cónsul... La otra es madama Junot...

— La señora de Murat es muy guapa — observó Saint-Regeant.

— Sí, pero la de Junot tiene más ingenio... ¡Ahora son esas las princesas!... ¿Y qué tal os ha ido desde que nos separamos?

— Muy bien, muchas gracias. Mi compañero ha marchado á provincias obligado por sus negocios, y aquí me tenéis cumpliendo la promesa que os hice.

— Vais á comer con nosotros. Mi mujer, que os está muy agradecida por el servicio que me habéis prestado, se alegrará mucho de conoceros. ¡Son célebres las mujeres! Figuraos que al conocer la manera que tuvimos de realizar el viaje, se empeñó en que habíamos disfrutado de no sé qué extraña protección... Casi ha llegado á creer que vos y vuestro compañero no sois quienes decís...

— ¡Ojalá tuviese razón! — exclamó Saint-Regeant riendo. — ¡Cualquiera otro que fuese, seguramente iría ganando!

— ¿De verdad? Vamos, sed franco conmigo : ¿van mal vuestros negocios? ¿Andáis mal de dinero?

— Por el momento, no necesito nada; pero los negocios no van muy bien, y os confieso que si encontrara una colocación en París, de buena gana dejaba de errar de acá para allá, como vengo haciendo, no siempre sin peligro, como habéis tenido ocasión de comprobar.

— Bueno; ya veremos la manera de proporcionaros una ocupación. ¿Á qué os habéis dedicado hasta ahora?

— Á la venta de sedas y tapicería por cuenta de una casa de Li6n... Pero la Revoluci6n ha arruinado la industria, y actualmente se está transformando todo... Dicen que un tal Jacquart ha inventado una máquina de tejer, y que los obreros han querido destruirla porque su excesiva producci6n les reducía  la miseria... El porvenir se presenta muy incierto para las gentes de mi profesi6n..

— Sois buen vendedor?

— Eso me han asegurado más de una vez... Mas quizá sea pura benevolencia...

— Veremos lo que se puede sacar de vos...  Ah! Aquí está mi mujer...

La señora de Lerebourg acababa de aparecer por la puerta del fondo disimulada tras una cortina verde. Y Saint-Regeant, absorto por la extraordinaria aparici6n que  sus ojos se ofrecía, qued6se inm6vil. Emilia tenía entonces veinticinco años y la perfecci6n en las proporciones del cuerpo daba  sus movimientos una elegancia y un agrado especial. Era tan esbelto su talle, que aparentaba estatura mayor de la que en realidad tenía; el rostro, un poco pálido, de trazos finos y movibles, resplandecía con la luminosidad de los ojos azules coronados por magnífica cabellera castaña, y al sonreír, la boca deliciosa mostraba dos líneas finísimas de dientes muy blancos. Al aproximarse  su marido, djola éste señalando al visitante :

— Querida Emilia, te presento al señor Víctor Leclerc, viajante en sederías, de quien ya te he dicho que me salv6 la vida...

— Exagers mucho, señor Lerebourg, — respondi6 el joven saludando. — En todo caso, me considero muy afortunado de haber hecho el viaje en tan excelente compaa.

— Y yo — dijo la joven — os estoy reconocida por la ayuda que habs prestado  mi marido...

— El señor Leclerc comer con nosotros, y será necesario tratar de buscarle una colocaci6n... Como muchos otros j6venes, encuentra la vida algo difícil...

La señora de Lerebourg examin6 un momento  Saint-Regeant, y aadi6 :

— Es raro que no ests sirviendo en el ejército. C6mo habs podido escapar  las levas?

— Estaba en el extranjero, señora, — respondi6 el aludido  quien la sangre visit6 el rostro. — Si hubiera ido al servicio, quizá fuese oficial  estas horas...

— Quizá os hubiesen matado — interrumpi6 Lerebourg — en esas carnicerías de Alemania 6 de Italia... Qu edad tenés?

— Treinta y dos años.

— La mejor edad para colocaros ventajosamente. Haremos lo posible por lograrlo; los negocios renacen, el país vuelve  estar tranquilo y no han de faltar ocasiones donde ganar dinero.

La joven señora no pronunci6 una palabra en apoyo de la declaraci6n de simpatía que su marido acababa de hacer al supuesto Víctor Leclerc. Ni siquiera mir6  Saint-Regeant, y cualquier observador superficial hubiera creído ver en esta actitud un principio de desaprobaci6n  los ofrecimientos que tan candorosamente acababa de hacer el buen Lerebourg.

— Y qué ha sido de nuestro amigo? — inquiri6 el comerciante. — No tendremos el gusto de verle? Es un hombre muy sobre sí, y creo que merece una posici6n mejor que la que ocupa.

— Ha marchado  la Charente, al Mediodía,  vender aguardientes. Vuestra opini6n es muy exacta : mi amigo pertenece  una gran familia arruinada por la Revoluci6n... Por lo demás, no tengo inquietud... Ya sabe arreglárselas.

30619

— Entonces, tanto mejor. Y vos ¿no tenéis parientes?

— Algunos muy lejanos... allá, en Bretaña, á quienes ni siquiera conozco.

— ¿Y dónde os alojáis en París?

— En una fonda modesta, sin embargo de lo cual no deja de ser cara la vida...

— Y vos no nadáis en oro precisamente... entendido...

Emilia : ¿qué te parece si ofreciéramos al señor Leclerc una de las habitaciones del segundo piso? No nos sirven para nada, y aunque no las alquilaríamos si de un desconocido se tratase, tendríamos gran placer si el señor Leclerc quisiera honrarnos...

De repente se detuvo, asombrado, al ver obscurecerse el rostro de su mujer. Saint-Regeant se apresuró á deshacer aquel momento de embarazo, diciendo :

— Me disgustaría causarles la menor molestia. Tengo pensado marcharme de París á fin de esta semana, y como tardaré bastante en volver, sería inútil que me instalase ahora. Les agradezco muchísimo su ofrecimiento, pero no puedo aceptar...

Un suspiro de alivio revoloteó en los labios de la joven; su rostro recobró la luminosa claridad de poco antes, y exclamó sonriendo con admirable hipocresía :

— ¿No podremos manifestarle nuestra gratitud de alguna manera? Es una gran pena para nosotros.

— Querida amiga, tú que eres de Bretaña, debes de sentir doblemente la negativa del señor Leclerc.

— ¡ Ah ! ¿La señora es compatriota mía?

— Mi mujer es hija de Plemeur.

Al oír este nombre, Saint-Regeant no pudo reprimir un gesto de asombro :

— ¿No vivíais en el castillo de Kermadio, cerca de Auray?

— Efectivamente, allí pasé mi infancia; allí murieron

mi padre y mi madre, y allí fuí presa por los republicanos y trasladada á Vannes después de haber sido incendiado Kermadio... Tenía yo entonces diez y siete años... pero mis recuerdos son muy precisos y no he olvidado á cuantos iban á casa de mi padre para tomar parte en el movimiento realista...

Saint-Regeant habíase puesto serio y no insistió. Movié la cabeza como si quisiera ahuyentar pensamientos dolorosos, y afectó mirar distraídamente alrededor. Las mesas de encina, ennegrecidas por el uso, estaban cubiertas de piezas de tela alineadas en pilas, y los metros, colocados sobre el tablero, se extendían prestos á medir. Inconscientemente, impulsado por el hábito de comerciante, Lerebourg se puso á ordenar unas cuantas piezas de tela diciendo :

— ¡ Ahí tenéis ! ¡ Ya estáis en camino de trabar conocimiento con Emilia... Aquí, en confianza, os diré que en otros tiempos, mi señora tuvo amistad con los peores bandidos...

La hermosa Emilia frunció el entrecejo y cambió con el falso Leclerc una mirada de descontento, que establecía entre los dos un á modo de alianza, sin asentimiento alguno de Lerebourg que continuaba replegando las telas y charlando :

— Así que ahora, los amigos de entonces son acogidos en mi casa como clientes distinguidos, aunque á veces no tengan todos muy buenos cuartos... Antes de ser la mujer del general Bonaparte, la señora de Beauharnais tenía aquí una cuenta bastante respetable... que después no se ha cuidado de disminuir, antes al contrario... Pero ya no tengo miedo. Sería capaz de darle todo mi almacén á crédito si se le antojara...

Desde la planta baja, una voz llamó por el hueco de la escalera :

P1308

— Señor Lerebourg, los guantes de ordenanza del general Lannes...

— ¡Allá voy!... ¡Con vuestro permiso, ciudadano Lercerc!... Le dejo con mi mujer un momento...

Frente á frente con la señora Lerebourg, el joven se disponía á entablar una conversación cualquiera, por pura galantería, cuando le dijo ella bruscamente:

— Señor de Saint-Regeant ¿qué motivos tenéis para ocultaros bajo un nombre supuesto, y qué venís á hacer en París?

El joven realista no pudo contener un gesto de asombro, pero, en seguida, sonriendo, respondió con voz tranquila:

— Señora, creed que las razones que para ocultar mi personalidad tengo, en manera alguna me deshonoran... No soy un criminal... por lo menos en el sentido ignominioso que á esta palabra se atribuye... Me oculto, sencillamente, porque si la policía me descubriese no tendría muy segura la cabeza...

— ¿Siempre la vandeanería, siempre las conspiraciones?

— Mientras el rey no sea repuesto en el trono, no cesaremos de combatir á sus enemigos, y los peligros que esta lucha nos proporcione, serán nuestra mejor ejecutoria. Supongo que al casarse con el señor Lerebourg, la señorita de Plemeur no se habrá vuelto jacobina.

— La señora de Lerebourg no ha cambiado de sentimientos, y continúa tan realista como la señorita de Plemeur; pero mi marido siente horror por la facción revolucionaria y es — no quiero ocultároslo, aunque ya él os lo habrá dicho — muy partidario del Gobierno de los cónsules, mientras en ellos la seguridad del orden y el renacimiento de la vea fortuna pública.

— Permitidme que no recuerde más que lo que me habéis dicho sobre vuestros sentimientos personales... Eso me basta.

— No creáis, por eso, que aprobaré violencia alguna, si por acaso pensáis en cometerlas.

— De ninguna manera; nuestro proyecto es de los más pacíficos. Deseamos, sencillamente, llegar hasta el Primer Cónsul para tener con él una entrevista.

— ¿Pensáis ganarle á vuestra causa?

— ¡Quizás!

— ¿Creéis que pueda imitar á Monck?

— Eso es lo que queremos saber. Le desconocemos por completo, de la misma manera que ignoramos sus intenciones, sus esperanzas y sus sueños. ¿Tiene alguna ambición personal? ¿Ó quiere, sencillamente, la felicidad de Francia? Eso es lo que nos proponemos oír de su boca. Cuando estemos seguros de lo uno ó de lo otro, obraremos en consecuencia.

— ¿Qué medios tenéis para llegar hasta él?

— Ninguno, y precisamente para ponernos al habla con alguno de los que le rodean hemos venido á París. Sabemos que el general Bonaparte se halla tan preocupado de nuestras intenciones, como de sus designios nosotros. En este momento, su política vacila entre los jacobinos y los realistas, y mientras él atribuye á los primeros la oposición á su gobierno, Fouché, por el contrario, nos acusa á nosotros. Una entrevista con el Primer Cónsul puede deshacer todos los equívocos y asegurar la pacificación general.

— ¡El cielo os oiga! Pero si no se trata más que de poneros al habla con personas de la intimidad del Primer Cónsul, acaso yo pueda servirlos...

— ¡Oh, me haríais un gran favor!

— Sí, mas para ello sería necesario que yo estuviese bien segura de que cuanto acabáis de decirme es sincero y verdad.

— ¿Me creéis capaz de abusar de vuestra confianza?

Emilia miró con fijeza al joven, y vió la lealtad reflejada en sus ojos. Sin embargo, se propuso ser prudente y no comprometerse de ligero :

— Estoy en muy buenas relaciones de amistad con la mujer de Bonaparte, que es elegante y coqueta, y gracias á las camaristas puedo entrar en las Tullerías como y cuando me plazca, de manera que nada me será más fácil que hablar á mi cliente del proyecto de entrevista. Por simpatía, y creo que por cálculo también, está siempre dispuesta á favorecer á los partidarios del antiguo régimen. Ha obtenido ya el levantamiento del destierro á numerosos emigrados, y me parece que, aunque medianamente piadosa, su espíritu de orden la obliga á trabajar en favor del restablecimiento de la religión en Francia. Si lo deseáis, puedo solicitar que facilite una entrevista entre vuestros amigos y el general Bonaparte....

— Espere hasta que les consulte sobre ese extremo. En todo caso, será necesario que nadie de cuantos rodean al Primer Cónsul pueda sospechar nuestra verdadera personalidad. Bastaría que Dubois ó Fouché oliesen lo que se preparaba, para que nos detuvieran antes de acercarnos á Bonaparte.

— Bien, sobre ese punto tranquilizaos. Consultad á vuestros amigos, y cuando hayáis tomado una resolución, contad conmigo. Mientras tanto, ni una palabra... Aquí está mi marido...

Lerebourg asomó su cara bondadosa en lo alto de la escalera y dijo con sencillez :

— El general Lannes está un poco embarullado en sus negocios... Ha pedido uniformes nuevos para toda la guardia de palacio sin preocuparse del ordenador de pagos, y el general Bonaparte, furioso, le ha comunicado que le descontará de su sueldo el importe de la factura... Me ha pedido

que le fie los galones y pasamanerías... ¡Bah! Todo tiene arreglo en este mundo : entre compañeros de armas nunca llega la sangre al río...

— Sin embargo, se dice que Bonaparte ha sido inexorable con Massena.

— ¡ Ah ! Es que también ese buen Nisartt tuvo la mano un poco abierta... El hombre ha corrido sus « juerguecitas » en Italia, verdaderas orgías... y el Primer Cónsul le ha obligado á restituir... El hijo predilecto de la victoria ha derramado algunas lágrimas... porque tiene gran cariño al dinero.

— ¡ Hace tan poco tiempo que lo posee !

— La verdad es que el destino de todos esos hombres es extraordinario... Murat era mozo de una posada; Augereau, maestro de armas; Massena contrabandista; Ney, tonelero, y el mismo Bonaparte...

— ¡ Chist !; amigo, — interrumpió la señora de Lerebourg sonriendo; — ese es un genio, y el genio lo legitima todo.

— Las mujeres están á su favor, señor Leclerc, de manera que guardaos de atacarle... La comida está en la mesa — añadió viendo á una criada que acababa de abrir la puerta del fondo por donde poco antes entrara la señora de Lerebourg.

El joven ofreció el brazo á Emilia, y los dos, seguidos por el marido, pasaron á las habitaciones del negociante en modas. Siguiendo la costumbre francesa, se comía á las doce. En el comedor de Lerebourg reaparecía el lujo abolido por la Revolución; los cubiertos de plata salían de sus estuches, y sobre la mesa, elegantemente servida, Saint-Regeant encontró la prueba de las grandes comodidades con que los burgueses de París se permitían vivir.

— Sentaos, amigo mío — dijo Lerebourg señalando á Saint-Regeant la silla colocada entre él y su mujer. — Espe-

ro que no habréis perdido el excelente apetito que durante todo el viaje tuvisteis, y por si así fuese, tengo aquí un vinillo que no os permitirá echar de menos el de las posadas que juntos frecuentamos... Siento que vuestro amigo no esté aquí,... y si trae de Charente algún licor añejo haré que me lo dé á probar...

— Se lo diré.

— Mientras tanto, hagamos honor á mi borgoña; es de Chambertín, del mismo que bebe el Primer Cónsul. En medio de los cambios políticos sufridos en Francia, solamente el vino ha permanecido inalterable. Algo es algo.

Sentado á la mesa de aquel burgués, Saint-Regeant escuchaba con atención creciente las confidencias del ingenuo comerciante. Comprendía muy bien, que en esta charla se manifestaba el sentir medio de los habitantes de París, cuyo estado de ánimo tanto le importaba conocer. Eran una preciosa indicación para el triunfo de los proyectos de restauración concebidos por la corte de Hartwell, pues no desconocía que toda revolución contra el sentir popular es imposible, y que era necesario tener en cuenta los deseos y aspiraciones de la masa. Ahora bien; después de los años del Terror, la renaciente sociedad francesa ¿simpatizaba con los principios de la revolución ó soñaba con un cambio de régimen que la condujese hacia la monarquía? Por el momento, comprendía que Bonaparte daba á la clase burguesa la impresión de la fuerza y de la autoridad sin las cuales el orden no puede existir.

— Mirad, señor Leclerc; lo primero que necesitamos es la estabilidad en las instituciones. Con un gobierno que cambia cada año, no es posible trabajar con seguridad, y sin seguridad no hay negocios posibles. Porque para nosotros, los negocios son todo. Durante diez años, no se ha podido contar con el mañana: todos los días ocurría un suceso, una

sortija, una catástrofe; unas veces era el empréstito forzoso, otras el descrédito de los valores públicos ¿qué sé yo? Se ha hecho todo lo posible para arruinar á este desgraciado país, cuyas fuentes de vida forzosamente han de ser inextinguibles para que haya podido resistir tantas pruebas sin desaparecer. Hoy ¡y no es demasiado tarde! se comienza á respirar un poco, renace la calma, las relaciones comerciales se van reanudando. Ya no se tiembla por la vida, se atreve uno á pensar, á decir en voz alta sus opiniones, vuelve á restablecerse la vida de Corte, las grandes fiestas, y el lujo con ellas. Porque el lujo, como comprenderéis, es la vida de París. ¿Cómo venderíais vuestras sedas, si los confeccionadores no cortaran hermosos vestidos para las elegantes, y llamativos trajes para los pisaverdes? ¡Gracias á Dios, estamos en plena reacción; fracasado el « sansculotismo », puede uno ya empolvase en vez de llevar el gorro frigio, y diariamente vuelven á sus lares familias de emigrados. ¡Ah, los tiempos han cambiado mucho, ciudadano Leclerc!

— Se dice que la mujer de Bonaparte se dedica á repatriar emigrados con gran entusiasmo. Eso sería un buen augurio.

— ¡Toma! ¿Cómo va á olvidar que se llamaba vizcondesa de Beauharnais? Además, su temperamento la lleva á la amabilidad y á la dulzura. ¡Es una buena señora!

— ¿Y el Primer Cónsul?

— ¡Ah, en cuanto á ese, cualquiera lo sabe! Es un hombre notable, pero, ¿qué quiere? ¿á dónde va? ¿por quién trabaja? — Y bajando el tono de la voz añadió: — Dicen que bajo mano trabaja en favor de la restauración de los Borbones, y en ese caso sería condestable, príncipe, cuanto quisiera, como Monck cuando repuso en el trono de Inglaterra al hijo de Carlos Estuardo... ¿Pero quién puede asegurar nada de eso? Es un hombre taciturno y pensativo que debe

de tener proyectos, mas ¿cuáles? Él es el amo... ¿no sería posible que quisiera el trono para sí?

— ¿Para él? ¿Un tagarote corso? ¿Un oficial de azar? ¿Un advenedizo, verdadero aborto de la fortuna?

— ¿Eh, eh? ¡ Poco á poco ! ¡ El vencedor en las Pirámides, el general de Marengo ! Se lo debe todo á sí mismo, y puede decir que es su propio antepasado.

— ¿Aprobaría usted que tomara la dictadura?

— ¡ Si ya la tiene ! Cambaceres y Lebrún no son más que comparsas, y la única cabeza visible es Bonaparte. Entre el trono y él, no media más que un acto de su voluntad. ¡ Qué grandeza de alma demostraría si renunciara !...

— ¡ Qué prudencia, acaso !

— ¿Qué peligro correría si quisiera subir?

— El de encontrar un Bruto sobre el primer peldaño.

— ¡ Diablo, diablo ! ¿ Creéis que los jacobinos serían capaces?...

Saint-Regeant sonrió :

— ¿Eh? El día de la invasión de la asamblea de los Quinientos, ¿no tuvieron los granaderos que proteger al general contra los brazos armados de los exasperados representantes?

— Tenéis razón, pero, ¿qué harán los realistas?

— Me preguntáis sobre política, y yo no soy más que un pobre diablo, que así sé de ello como de cazar moscas con reclamo. Mejor es que me digáis vuestra opinión.

La señora de Lerebourg dirigió á Saint-Regeant una mirada de descontento, viendo que el joven intentaba soltar la sin hueso de su marido.

— Sin duda alguna, los comerciantes veríamos con gusto una restauración monárquica, pero, si le he de decir la verdad, no la creemos posible. En estos momentos, el ejército es el verdadero amo y señor de Francia, como se ha de-

mostrado en el 18 Brumario; en una palabra, poseemos la gloria y la seguridad, y no podemos menos de guardar agradecimiento á las gentes que desde hace diez años se batieron victoriosamente contra toda Europa. Restablecido el orden, no pedimos más; ahora, si podéis recuperar los lises sin que nos cueste una nueva revolución; no os detengáis. Mi mujer, que es realista de corazón, no escatimará los aplausos. Pero si Bonaparte se hace nombrar emperador como algunos prevenen, tened la seguridad de que yo no le llevaría la contraria, y de la misma manera obrarían mis compañeros de comercio de París, porque, ante todo, lo primero que necesitamos es tranquilidad para trabajar. ¡ Á vuestra salud, ciudadano !

Chocaron los vasos, en los que brillaban los rubíes de Chambertín, y los comensales se sirvieron los postres.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"MILITARIA"  
Año 1911  
SANTO DOMINGO, NUEVO LEON, MEXICO

## CAPÍTULO IV

El Primer Cónsul se detuvo en su paseo meditativo, y mirando al secretario Bourrienne que acababa de asomar la cabeza por la puerta entreabierta, le preguntó con tono de disgusto :

— ¿Solo?

Bourrienne entró, y aproximándose á su jefe respondió :

— Madama Bonaparte no ha querido venir. Ha llorado mucho, y no bajará hasta la hora de comer.

— ¿Habrá dado, al menos, alguna explicación?

— Muy vagas; cifras aproximadas, nada más. Pero ni una factura... Parece que hay bastantes abusos por parte de los proveedores...

— ¡La roban! eso es evidente. ¡Una mujer que no paga nunca! Y, sin embargo, maneja sumas enormes...

Se detuvo, lanzó á su secretario una mirada fría, y cambiando de conversación añadió :

— ¿Ha llegado Fouché?

— Espera en la cámara de los ayudantes de campo.

— Decidle que entre.

Bonaparte reemprendió su paseo á grandes pasos, hasta que oyó abrirse la puerta. Entonces, levantó la frente pensativa, y al contemplar delante de sí la descolorida figura del anciano religioso, le señaló una butaca con un ligero movimiento de cabeza, y se sentó á su vez :

— Ciudadano Fouché, — le dijo —; ¿quién de los dos tenía razón? ¿Vos, afirmando que las tramas contra mí procedían de los realistas, ó yo, al asegurar que venían de los jacobinos?

— Tenemos razón los dos, general-cónsul. Los jacobinos se agitan, pero los realistas conspiran, y tan peligrosos son los unos como los otros. Sin embargo, si yo debiera prevenir un atentado, tomaría mis precauciones por el lado de los realistas. Están mejor organizados, y son mucho más audaces que los jacobinos.

— Después del 18 Fructidor... — respondió Bonaparte con una ligera sonrisa.

Fouché hizo una mueca. No le gustaba que se le recordase la alevosía que le había obligado á expulsar y deportar á sus antiguos camaradas, muchos de los cuales eran amigos suyos. Y respondió con voz sorda :

— El 18 Fructidor destrozó al partido jacobino, pero la convención de Fontenay ha exasperado al partido realista.

— Por muy destrozado que quedase, el partido jacobino no ha dejado de producir á Ceracchi, á Arena, á Caballero, que han intentado asesinarme.

— Hay que temerlo todo de los realistas.

— Me parece que voy á dar buena cuenta de los unos y de los otros. No puede tolerarse que á las mismas puertas de la capital sean invadidas las carreteras por esas gavillas de esclerados que incendian las granjas, detienen las diligencias y desbalijan á los viajeros.

— Los « chauffeurs » son las avanzadas del marqués de Frotté, que tienen por jefe á Bruslart... Hace tres días precisamente que algunos sabuesos policíacos que le seguían la pista, le han sabido en París y le vieron salir por la barrera de Santiago, hacia Versalles, en tilburi... Seguramente, volvía á Beauce...

— ¿Será necesario que envíe una columna mandada por un general para meter en razón á esos bandidos? Vos me los denunciáis; pero, en concreto, no sabéis una palabra de ellos... Confesad que escapan á vuestra vigilancia...

Fouché se rió silenciosamente :

— Dadme la orden de aprehenderlos, general-cónsul, y antes de veinticuatro horas hago una redada de todos los jefes... Eso bastaría...

Bonaparte frunció el entrecejo :

— Ahora, no; dentro de algunos días, ya veremos...

— ¿Esperáis algún resultado de las negociaciones?

El Primer Cónsul tuvo un movimiento de curiosidad:

— ¿Qué negociaciones?

— Las que habéis comenzado con el pretendiente, por mediación del abate Bernier. ¿Creéis que yo lo ignoro?

Se detuvo un momento, y añadió con tono seco :

— No triunfaréis.

— ¿Por qué?

— Porque andáis en negocios con gentes que no quieren más que servirse de vos; vuestra petición de renuncia á los derechos al Trono, dirigida por carta al conde de Provenza, tendrá como primera consecuencia, antes de toda respuesta, una contraproposición tendente á obtener de vos la restauración del rey legítimo. Si aceptáis, la monarquía os hará un puente de oro, pero, si no, darán una negativa pública á vuestra demanda y comenzarán nuevamente las tentativas para asesinaros. Eso es evidente : las personas encargadas

de veros y de hacerlos las proposiciones del hermano del rey, están ya en París.

— ¿Cómo lo sabéis?

— Yo lo sé siempre todo : es mi obligación.

— Yo no he recibido aún noticia de su llegada.

— Sí, puesto que acabo de anunciárosla yo.

Bonaparte sonrió :

— ¿Y á quiénes me envían de embajadores?

— Al señor Hyde de Neuville, secretario del pretendiente, y al general Cadoudal.

— ¿El famoso Jorge?

— Sí, « cabezota ».

— ¿Cómo habéis sabido su llegada?

— Primero me enteré de la salida, y después, agentes míos les han seguido sin perderlos de vista. Las etapas estaban preparadas de antemano, y señalados los albergues. Es un servicio tan bien organizado como el de París á Londres á través de Normandía, pero, desgraciadamente para los realistas, ha sido organizado por mí. De manera que, cuando me plazca, me apoderaré de los correos y de la correspondencia.

— ¿Por qué no lo habéis hecho ya?

— Porque hubiera sido prematuro. ¿Para qué catar la colmena antes de que se hayan terminado los panales? No lograríamos más que espantar las abejas, y vuelta á comenzar.

— ¿Sabéis dónde se alojan los señores Hyde y Cadoudal?

— Sí, general-cónsul.

— ¿Podrías prenderlos y traerlos á mi presencia?

— ¿Para qué, puesto que han de venir ellos mismos? Además, no dejaría de ser enojosa la intervención, puesto que poseen un salvoconducto con vuestra firma...

— ¿Quién se le ha procurado?

— Madama Bonaparte.

El Primer Cónsul quedó silencioso un momento, y añadió después muy lentamente :

— Sí; Josefina ha tenido siempre relaciones en el campo realista. En su fuero interno, favorece á los príncipes, y no ve porvenir para mí si no es al lado de ellos. Ha dejado invadir su pensamiento por los jacobinos, y de ahí nace la prevención contra mí. Luego, los atentados de Chevalier, de Arena, no son más que rechazos del furor terrorista... ¡ Oh ! yo me encargaré de destrozar á los vandeños y á los montañeses ¿me entendéis, Fouché? No quiero más revolución, y mucho menos, monarquía.

— ¿Ni para los Borbones? — insinuó Fouché con una sonrisita.

— ¡ Para nadie ! Después de la afirmación del derecho popular, no puede existir ya en Francia el derecho divino. Las pretensiones del hermano del rey no me han hecho gran mella.

— ¿Recibiréis á sus enviados?

— Yo recibo siempre á cuantos me quieren hablar.

— Entonces ¿debo permanecer inactivo en cuanto se relaciona con ellos?

— Hasta nueva orden, sí.

Comprendió Fouché que la entrevista había terminado y se levantó, en el momento que servían al Primer Cónsul el almuerzo sobre la mesa redonda en que tenía por costumbre desayunar en su gabinete. El moreno perfil de Roustam se dejó ver en la antecámara, donde por un momento oyóse el ir y venir de los servidores tras de la puerta, y poco después entró madama Bonaparte. Con el rostro compuesto, y hábilmente vestida, esbelta, ondulosa, avanzó con los ojos medio cerrados, los labios sonrientes. El Primer Cónsul, que esperaba una escena de quejas y de lágrimas, aduló las

contraídas líneas del rostro. Miró acercarse á su mujer con aire complaciente, y mostrándole un asiento con ademán brusco la dijo :

— Siéntate, Josefina.

Cuando poco después quedaron solos, dió rienda suelta á su disgusto :

— ¿Por qué te niegas tan porfiadamente á dar las explicaciones que te pido? ¿Todavía más deudas? ¿Todavía prodigalidades? ¿Siempre el desorden? Es lo que más me subleva. Bueno que fomentes el lujo : es mi política. Pero paga lo que compres. Tienes un gusto detestable por las chucherías : compra objetos de valor, piedras preciosas, ricas orfebrerías... Pero nada de abalorios, ni de bujerías : deja eso para los negros de tu país. ¿Qué es lo que te queda de todo ello? Polvo y deudas. No quiero que vuelva á suceder.

— ¡ Qué severo estás esta mañana !

— Es que mis mejores subordinados se dejan arrastrar por tu mal ejemplo. Ahí tienes á Lannes, que ha renovado sin orden de nadie y sin tener crédito de donde pagarlos, los uniformes de la guardia consular. ¿Quién va á pagar la cuenta? He dado las órdenes para que se la cobren á él, y con un carácter tan execrable como el suyo, se ha picado y no me habla. ¿Soy yo el amo, sí ó no?

Josefina, según recurso habitual, apeló á los ojos. Bonaparte, comiendo rápidamente de todos los platos, servidos al mismo tiempo sobre la mesa, dejó llorar á su mujer durante algún tiempo, y luego, con tono más dulce, exclamó :

— Vamos, no llores más. Pagaré. Pero, si te es posible, no volvamos á comenzar. Imita la prudencia y la obediencia de tu hijo : Eugenio es un verdadero modelo. Nunca he tenido que hacerle una observación : es honrado, valiente, es el mejor soldado de mi ejército.

— Sabe lo que te debe.

— También los demás me deben : Junot, Marat, Auge-  
reau, Bessieres... Y, sin embargo...

Terminada la comida, que apenas había durado un cuarto de hora, Bonaparte se levantó, y dejando la servilleta sobre la mesa al tiempo que le servían el café, se acercó á Josefina mirándola tiernamente :

— No te apenes más, mi buena Josefina, pero no seas tan derrochadora. Me han dicho que tienes ahorros secretos y que Fouché te daba una parte de las rentas del juego... Ten cuidado, que como llegue á enterarme de que es verdad...

Después la abrazó y la acarició, porque á despecho de todas sus rarezas sentía una viva ternura por ella. Josefina se aprovechó de este acceso sentimental para solicitar algo que juzgaba oportuno, y dirigiendo las ideas de Bonaparte hacia la política le dijo :

— He recibido una nueva solicitud de perdón para una noble familia provenzal, los Saint-Estrangin, que tienen á su favor cuanto hay de más distinguido en el Condado. Ya sabes que las gentes del Mediodía son muy realistas... Una gracia haría buen efecto...

— Mándale una nota á Cambaceres...

— Hay también los Charost, de la familia de los duques, por quienes se interesan los Clary... Madama Bernardote me habló de ello... porque no quería pedírtelo ella misma...

Bonaparte hizo un mohín. No gustaba mucho que le hablasen de esta Deseada, que había amado, y á quien abandonó para casarse después con Josefina, que aportaba al matrimonio el mando del ejército de Italia. Por fin, respondió :

— Bueno, bueno, á Cambaceres... Si continúo escuchándote, dentro de poco no habrá en Francia más que antiguos emigrados y será necesario volver á cañonearlos en San Roque... Esas gentes se mueven demasiado; y acaso

sea una equivocación el tratarlos tan generosamente. Es probable que para el orden público fuese mejor continuar siendo severos, lo cual dispensaría de hacer un escarmiento, como habrá que hacerle si los manejos de los príncipes continúan...

— ¡Quién sabe si no harías mejor volviéndolos á traer !...

— ¡Tú estás loca, Josefina ! ¡No he arriesgado yo mi fortuna y mi vida en Arcola y en Marengo por ellos !

— Sin embargo, cuentan contigo. Así me lo han hecho saber aún no hace dos días, y precisamente en estos momentos hay en París gentes encargadas de conocer tu modo de pensar...

— ¿Cómo lo sabes tú?

— Por que vienen á parar á mí todas las negociaciones que los realistas intentan comenzar contigo...

— Eso podría comprometerte bastante — observó Napoleón con una sonrisa.

— ¿Por qué, puesto que te lo advierto?

— Si al menos me lo dijeras todo...

— ¿No soy yo parte interesada? ¿Qué sería yo sin ti?

— ¿Y quiénes son esos emisarios?

— Hyde y Cadoudal.

Bonaparte inclinó la cabeza :

— Sí, ya lo sabía; me ha prevenido Fouché. Pero tú, Josefina, ¿cómo te has enterado?

— No me lo preguntes. Si te lo digo, y luego cometes una indiscreción, me haré sospechosa y no podré saber más nunca. Y será en perjuicio tuyo...

— En fin de cuentas; ¿qué quieren esos hombres?

— Hablarte.

— ¿Qué garantías dan de mi seguridad?

— Ellos arriesgan la suya.

— La partida no es igual. Pueden enviar dos fanáticos

resueltos á matarme, al precio de su vida. ¿Y qué valor tiene su vida en parangón con la mía?

— Puedes tomar cuantas precauciones juzgues necesarias. Aquí, en las Tullerías, con tanta gente como te rodea ¿qué puedes temer? Coloca de centinelas á Marat y á Rapp en la pieza de entrada, á Junot y á Roustam en la antecámara... y no podrán levantar un dedo contra tí sin que los cuatro se precipiten en tu defensa. Por otra parte, no hay más que registrar á los emisarios antes de entrar para asegurarse de que no llevan armas encima...

Con su cabeza seca y pálida caída sobre el pecho, los cabellos ásperos y enmarañados, Bonaparte volvió á pasear ensimismado por el gabinete. Por fin se detuvo cerca de la chimenea, se sentó, permaneció algunos minutos sin pronunciar palabra, y fijando los ojillos grises sobre Josefina, exclamó :

— Bueno; veré á esos mensajeros de los príncipes, mañana por la tarde, después de comer. Mándales recado que se presenten en tu casa, ya que gracias á ti consiento en recibirlos.

La tarde de aquel mismo día, Hyde de Neuville acababa de entrar en la hostería y de subir á la habitación que, entre las de Cadoudal y Saint-Regeant, en el tercer piso, ocupaba, cuando el último de aquellos entró sin llamar :

— Os he sentido entrar; estos diablos de tabiques son tan delgados como un papel. En mi cuarto ó en el de Jorge sería imposible hablar sin estar á merced de los vecinos. Aquí, al menos, está uno seguro...

Se sentó en una silla de paja, y, balanceando la pierna encerrada en una media de seda moteada, añadió :

— Tengo noticias que comunicaros... Acabo de ver hace un momento á mi encantadora paisana... El asunto de la entrevista es cosa hecha... Vos y Jorge seréis recibidos por el Primer Cónsul mañana por la tarde...

— ¡ Ah, qué rapidez ! — respondió Hyde sonriendo. — Es un triunfo vuestro, amigo mío. ¡ No hay como ser buen mozo para que se abran ante uno todas las puertas !

— No me ha costado gran trabajo, y en ello no hay coquetería alguna de mi parte. La mujer de nuestro amigo Lerebourg, es una ferviente realista y precisamente trabaja en su obrador para madama Bonaparte. No hay para qué decir que, en tales condiciones, ha servido de intermediaria entre la mujer del Primer Cónsul y nosotros, y hay que confesar que ha cumplido su misión con una rapidez y un acierto completos... Una vez en el lugar de la cita, madama Bonaparte se encarga de llevaros á presencia del general...

— Y á todo eso, ¿qué hace el marido, amigo Saint-Preux?

— El marido — respondió Saint-Regeant — no sospecha nada y continuará vendiendo novedades con toda tranquilidad...

— Mientras que, al amparo de su nombre, nos esforcemos nosotros por cambiar la suerte de Francia.

— ¿Dónde está Jorge?

— ¡ Cualquiera lo sabe ! El doncel ha ido á que le afeiten y le peinen; se ha perfumado y aderezado con gran esmero, y vestido como un pisaverde, á riesgo de ser reconocido y preso por la policía de Dubois, se pasea en el Palacio Real, á menos que no haya ido á jugar. Me gusta más en las landas de Bretaña que entre las calles de París. Tanto más, cuanto que con su corpulencia, su gruesa cabeza y sus andares, no pasa inadvertido tan fácilmente...

El paso firme y decidido de alguien que subía la escalera silbando alegremente se dejó oír. Luego, el silbido fué reemplazado por el famoso aire de Monsigny tarareado á flor de labios :

*Aquí que Rosa respira  
crece mi felicidad.*

Se abrió la puerta, y Jorge, sonriente, entró. Llevaba un grueso bastón retorcido en espiral, y el ancho rostro, metido en una corbata alta de muselina, encuadrado en una peluca peinada en tirabuzones. Á pesar de lo dicho por Hyde de Neuville, Cadoudal estaba inconocible. Dejó el garrote y el sombrero sobre la cama, y volviéndose hacia sus amigos exclamó :

— Traigo noticias...

— Nosotros también...

— He visto á nuestro amigos...

— Nosotros veremos mañana al Primer Cónsul...

— Al diablo el corso... Mejor haríamos en quitarle de en medio que en ir á charlar con él... Todas esas charloterías no hacen más que empalagar las conciencias y enervar las resoluciones.

— Hay que obedecer las órdenes de los príncipes...

— Sí; vuestro conde de Artois, Hyde... no es un héroe, precisamente. Si hubiera bajado á la Vandéa para ponerse al frente nuestro, hoy tendríamos á París en nuestro poder y el rey estaría en su palacio. Pero, ¿qué diría madama Polastrón, si su querido señor arriesgara un solo cabello de la preciosa cabeza? ¡ Voto á bríos! ¡ Nos hubiera hecho falta un Enrique IV cuando no disponemos más que de príncipes perezosos!

— ¡ Jorge!

— Ya sabéis que yo soy muy rudo...

— ¡ Demonio! ¡ No lo digáis tanto; acabaríamos por creerlo!

Cadoudal se echó á reir :

— En el terreno de las discusiones, me vencéis siempre, Hyde. Ahora, cuando se trate de pasar á los hechos...

— Muchas gracias, Jorge, por el concepto que tenéis de mi valor. ¿Qué hierba habéis pisado esta mañana?

— ¡ Vamos, haya paz! Hablemos de nuestros asuntos. He visto á Riviere, á Pastoret, á Gininville y á Laraviere que me han dado cita para pasado mañana, en el baile del pabellón de Hanóver. Allí volveremos á encontrar á todos los de nuestra clase, y podremos iniciar la entrada en la sociedad realista de París.

— ¿Contáis con encontrar allí muchos auxiliares?

— Á fe mía, no. Si todos esos emigrados han vuelto á Francia, es porque no se hallaban á gusto en el extranjero y sienten pocos escrúpulos en aceptar el nuevo orden de cosas, aunque comprendo muy bien que no lo hacen de corazón. Ponen mala cara, murmuran, conspiran en los salones... pero de eso á lanzarse á la calle ó al campo, hay bastante distancia. Para decidirlos á obrar, será necesario un golpe de fuerza, y eso es precisamente el que intentaré, si, como creo, no dan resultado alguno nuestras negociaciones diplomáticas.

Desde el día en que fué presentado á madama Lerébourg por su marido, y cambió con ella confidencias que establecían entre los dos lazos secretos, Saint-Regeant había vuelto dos veces al almacén de la calle de San Honorato. La primera vez llevó á Lerebourg unas muestras de seda que á duras penas había conseguido, pues no quería perder á los ojos de su amigo el carácter de viajante que desde un principio había tomado, y que tan á maravilla podía servirle para asegurar el incógnito. Y se convino que estas muestras, verdaderamente magníficas, y otras varias piezas de tela, fueran presentadas á madama Bonaparte. Por su cuenta, la señora de Lerebourg había concertado con Josefina, á quien puso en autos muy audazmente, que Hyde, Jorge y Saint-Regeant fueran quienes, acompañados por ella, llevaran las piezas de tela al Luxemburgo, y aprovechando esta entrada en las habitaciones, la mujer del

Primer Cónsul los llevaría á presencia de su marido.

La segunda vez que Saint-Regeant se presentó en *El gorro azul* fué para convenir con la señora de Lerebourg la hora en que debía ir á buscar las telas con sus compañeros, y decidieron que Saint-Regeant fuese en coche con el señor Lerebourg y su señora, mientras que Hyde y Jorge los esperarían en el ángulo de la posada de Nantes. El comerciante de novedades, completamente ajeno á la intriga urdida por su mujer, creía sencillamente realizar un acto comercial llevando á la esposa del jefe del Estado los fardos de telas, cuya mayor parte esperaba que se quedarían en las Tullerías. Ausente Lerebourg en esta segunda visita, fué recibido Saint-Regeant por la hermosa Emilia, y aprovechó la ocasión para recordar el pasado y hacerse contar las estupendas peripecias que se habían mezclado á la vida de la joven desde que la muerte de sus padres habíala dejado sola, en medio de las convulsiones de la vandeanería, cogida entre los fusilamientos de los azules y las represalias de los blancos, entre los asesinatos y los incendios. Afortunadamente, encontró en Nantes al señor Lerebourg, llegado para asistir al alijo de una balandra contrabandista, — que aportó gracias á una cantidad donada á Carrier, — que traía en sus bodegas grandes cantidades de madapolán, de lanas y de bonetería, procedente todo ello de Liverpool en línea recta. Emilia, recogida como obrera en casa de las señoritas de Guast, excelentes realistas relacionadas mercantilmente con el señor Lerebourg, atrajo las miradas del comerciante por su belleza y distinción. Conocida en todo el barrio con el nombre de Emilia Bourdin, la señorita de Plemeur era una encajera muy hábil. Sobresalía en el punto de Argéntán y pasaba los días tejiendo sobre un cuadrado de tela con sus dedos hábiles, los carretes de hilo que formaban la delicada trama de la obra. Al señor Lerebourg le pareció

que la señorita Bourdin haría buena figura en los almacenes de la calle de San Honorato, y se confió con franqueza á las señoritas de Guast, quienes desde las primeras palabras tomaron un aire tal de reserva que el comerciante dudó inmediata y seriamente de la virtud de su elegida. Fué tan profundo el estremecimiento experimentado por Lerebourg, que no le quedó duda alguna respecto á la profundidad de los sentimientos que le llevaban hacia la joven obrera. En un momento pensó: ¿qué haré si no es honrada? Y no se le ocurrió otra solución que regresar en seguida á París y no volver á ocuparse más de la señorita Bourdin. Pero comprendió también que sería capaz de hacer algunas concesiones para obtener el cariño de la muchacha, y dispuesto á casarse á pesar de todo, experimentó muy dulce sensación cuando las señoritas de Guast, después de grandes precauciones y no pocas reticencias, le revelaron que Emilia no era una joven de baja condición y que, muy probablemente, se negaría á ser la señora de Lerebourg, falta de recursos, de familia, y de porvenir como se encontraba... Convencido de que nadie maneja sus asuntos mejor que el propio interesado, Lerebourg se dió por suficientemente advertido y decidió tener una explicación con la señorita Emilia.

La joven, sin darse cuenta de los peligros que podía correr en una villa aterrorizada por Carrier, revelando su verdadero nombre, explicó al negociante su situación y puso en manos de este hombre los medios necesarios para perderla si él hubiese tenido en su corazón la más ligera sombra de bajeza ó de maldad. Al ofrecimiento de su nombre hecho por Lerebourg, respondió que se consideraba dichosa al lado de las señoritas de Guast. Mas como Lerebourg insinuara que la vida que la esperaba en París, donde, gracias á él, su seguridad sería absoluta, no tenía nada de pare-

cido con la situación precaria y peligrosa que llevaban en Nantes, donde podría hacerse sospechosa, ser reconocida y denunciada, Emilia solicitó un plazo para reflexionar, y entonces, aconsejada por las señoritas de Guast, asustada por los horrores revolucionarios, convencida de que todo porvenir para ella en Bretaña estaba perdido, la señorita de Plemeur se resignó á casarse con este buen hombre, que durante toda su vida había de ser, después, un servidor devotísimo, y tomó asiento en el coche de París.

Desde su llegada causó gran impresión en el barrio. *El gorro frigio* proveía á Robespierre, que, siempre de veinticinco alfileres, iba á comprar él mismo aquellas altas corbatas de muselina que, según se decía, disimulaban señales harto patentes de la escrófula. Fabre de Eglantine rimó algunas estrofas para la hermosa ciudadana Lerebourg, y Barrás mariposeó á su alrededor. Pero la joven se mostró inaccesible á las gracias de aquellos á quienes consideraba como asesinos, y poco á poco fué ganando á su marido para las ideas que ella profesaba, hasta lograr hacer de Lerebourg un sospechoso de moderantismo. Mas no pudo hacerle abrazar la causa del partido realista, porque, marchando bien los negocios bajo el Consulado, el comerciante se satisfacía con él y no ambicionaba más.

Cuando Saint-Regeant llegó en carruaje el día fijado para la entrevista, Lerebourg le acogió con una gran satisfacción. Ayudado por el falso Leclerc, colocó los paquetes de muestras en el coche y, siendo ya la hora, llamó á madama Lerebourg, que descendió vestida con elegantísimo traje de seda, ceñido por encima del talle, la garganta descubierta, cruzados los hombros por una manteleta de muselina floreada y encuadrado el divino rostro en gran sombrero « cabriolet » con lazos acoados. Al montar en el coche, dejó ver una incitante pantorrilla aprisionada en media de

seda gris claro, unida en el tobillo á zapatito en forma de coturno. Lerebourg colocó á Leclerc en el asiento del fondo, se instaló él enfrente, junto á los paquetes, y gritó al cochero : « ¡ Á las Tullerías ! ».